

Edita: Asociación Colegial de Escritores de Cataluña

Dirección: Ateneu Barcelonès
c. Canuda, 6, 6a. 08002 Barcelona
Tel. 93 318 87 48 / Fax. 93 302 78 18
secretaria@acec-web.org
www.acec-web.org

Horario de atención al asociado:
De lunes a viernes, de 16 a 21 h.

Realización de contenidos y maquetación: Hydra Media
(Tel. 93 894 53 75)

Fotografías: Carme Esteve

Impresión: L'Eco de Sitges

Coordinación:
Secretaría de la ACEC e Hydra Media

Depósito legal: B-8.579/97

Con el patrocinio de:



Y la colaboración de:



Generalitat de Catalunya
Institució de les Lletres Catalanes

JUNTA DIRECTIVA DE LA ACEC

Presidenta:

Montserrat Conill

Vicepresidenta:

Pilar Gómez-Bedate

Secretario general:

José Luis Giménez-Frontín

Tesorero:

Dante Bertini

Vocales:

Agnès Agboton, Carme Camps, Mayte Giménez, José María Micó, Anne-Hélène Suárez y Antonio Tello

ILUSTRACIONES DE KARDO

KOSTA. Kardo Kosta, autor de las tres xilografías que ilustran *El Boletín de la ACEC* número 66, se define como un arquitecto, dibujante y escultor viajero ya que según comenta, "los viajes y las diferentes culturas enriquecen mi manera de ver". Con talleres en Barcelona y Suiza, su obra plástica se encuentra en colecciones privadas de Chile, Paraguay, Brasil y Francia.

Las máquinas traducen

Mayte Giménez

Es cierto, qué descanso que las máquinas hagan nuestro trabajo. Me imagino aquellos tiempos cuando los campesinos (pensantes) tenían que arar la tierra con las azadas tiradas por animales y ellos allí, guiando con toda su fuerza para que les salieran los surcos rectos y profundos. Y aquellos trabajos en los que los obreros (pensantes), hora tras hora, día tras día, repetían un único movimiento, para pasar la pieza a medio hacer a un compañero que con otro movimiento igual de monótono le daba a la pieza otro toque más y así hasta que quedaba completada. Por no hablar de las mecanógrafas que se pasaban el día copiando textos que ahora con un único toque de tecla queda impreso tantas veces como quiera, no la mecanógrafa que ya no existe, sino cualquiera. Aquello se acabó. Demos gracias a Dios.

No he oído nunca decir que las máquinas sean malas pero sí muchas veces que nos quitan el trabajo. Pues benditas sean si el trabajo que nos quitan es el aburrido, cansino y repetitivo, que no hace evolucionar la mente del hombre, sólo aumentar el deseo de no volver a la fábrica nunca más.

El riesgo es si nos conformamos con productos intelectuales de discutible calidad. El campesino puede reprogramar su tractor para que el surco sea más o menos profundo y así plantar avena o patatas, según le interese. El robot industrial un día hace tenedores y, si quiere el dueño de la fábrica (pensante), otro día se pone a hacer salpicadores para coches de firma alemana. Hasta ahí no veo por qué tenemos que poner el grito en el cielo. Con lo que sí me pongo a temblar es cuando se pretende que la informática se pase al sector de los traductores, que es el que nos afecta directamente. Un ejemplo concreto lo veremos si estudiamos con algo de detenimiento los diarios que hacen una edición en castellano y otra igual pero en otro idioma español cuya traducción corre a cargo de un programa informático. Podemos resumir el resultado diciendo que cuando la aciertan siem-

pre es gracias a los maravillosos filólogos y correctores de estilo (pensadores) de que disponen esos rotativos.

Un programa informático puede traducir el manual de uso de una lavadora, quizá hasta el prospecto de un medicamento y otros textos donde las palabras sólo tengan un significado. Pero ¿cómo van a poder con un poemario chino o una novela sueca, o cualquier otro texto literario? No es que no se pueda hacer con un programa informático. No es que no se pueda hacer hoy, es que no debe hacerse nunca.

Un gran amigo mío arquitecto (pensante) decía que sus proyectos siempre eran el resultado de un 5% de inspiración y un 95% de transpiración. Sería maravilloso que las máquinas se hicieran cargo de la transpiración pero ay si, por codiciosos o vagos, también pretendemos que se hagan con lo que resta, ese ridículo 5% que es quizá lo que nos diferencia a los hombres de los otros seres vivos. ¿Cómo vamos a permitir que una máquina se haga cargo de traducir la poética del escrito, la intención del escritor, el giro sutil idiomático utilizado aquí pero no allá? No es que no pueda es que no debemos conformarnos con lo que consiga. Yo me pregunto si habrá alguna vez en el mundo un programa que traduzca todos los sentimientos plasmados con palabras sobre un papel o que interprete la inspiración que tiene un autor cuando le da forma escrita a su pensamiento. No de un autor, sino de todos los autores de todos los idiomas del mundo. Es decir, de hacer el trabajo de los traductores. Ese trabajo que se debe hacer con cultura, experiencia, humildad y, sobre todo, con humanidad.

Si las dudas que invaden a los traductores en el momento de traducir un texto pudieran despejarse con un programa informático (no pensante), ese programa superaría el intelecto de todos los hombres (pensantes) y ya no harían falta autores ni traductores, porque tampoco habría lectores. Y es que el arte de escribir no son sólo palabras. •